

---

**Resumen:** A partir del nacimiento de la escritura, el testimonio de la cultura humana contó con una herramienta precisa, infinitamente flexible y revolucionaria que le permitió nada menos que proyectarse. Querer registrar el presente connotaba la previsión de un futuro. Desde entonces tenemos historia. La escritura manual (caligrafía) condujo a la racionalización de las letras, que posteriormente la imprenta fijó, había nacido la tipografía. La tipografía abrió el sendero del conocimiento como fenómeno social nivelador. Desde allí fue adquiriendo un rol preponderante en el comportamiento comunitario, que no solo perseguía la belleza de las formas, era un plan con el que enfrentar la imperiosa necesidad humana de saber y enseñar. La historia se escribe, la memoria se resguarda.

**Palabras clave:** Historia – memoria – escritura – tipografía - desarrollo social.

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 29]

---

<sup>(\*)</sup> Diseñador Gráfico. Prof. Titular de Tipografía I – II FADU / UBA. Secretario Académico de la Facultad de Diseño y Comunicación de la Universidad de Palermo. Docente de Posgrado (Maestría en Gestión del Diseño UP). Conferencista. Crítico. Tutor de Tesis de Grado y Posgrado.

*“...El olvido es más vasto y más estructural que el recuerdo, donde el recuerdo es sólo una aventura excepcional del olvido”* (Beatriz Sarlo, sobre escritos de Walter Benjamin)

Se vive, se piensa, se actúa – ocasionalmente se escribe – en una circunstancia espacial y temporal concreta, que no hemos elegido, en la intersección azarosa de devenires subjetivos e históricos, allí estamos situados.

Un observador imparcial que observara al hombre desde una supuesta y lejana galaxia vería que éste es el único animal existente que trabaja, acción mediante la cual produce objetos materiales y simbólicos que hacen posible su existencia, también es el único ser

vivo que proyecta, transformando la materia en producto y signo. Pero el trabajo, que es lo que lo hace humano, termina enajenándolo, al ser convertido su trabajo en mercancía, que vende en el mercado, a veces vendiéndose el mismo como persona; vive para trabajar y trabaja para conseguir un símbolo, el dinero, que el mismo ha inventado, que consumirá en adquirir objetos que terminan definiéndolo - en la sociedad capitalista se es lo que se tiene - . Esos objetos en los cuales se aliena lo llevan a degradarse al nivel de consumidor, funcional al mercado. En realidad el sujeto deviene en consumidor, en la medida en que consume el dinero que obtiene por su trabajo, adquiriendo objetos y servicios que terminan por consumirlo, más que consumidor el sujeto es consumido por la ciega máquina del mercado.

Resulta curioso, que el hombre se sienta incompleto, por estarle negada la felicidad, ya que desde la cuna ha sido condicionado, la felicidad que es también una mercancía que puede ser comprada.

No puede soportar la libertad – esa utopía inalcanzable – pero la reclama.

A pesar de todo, el hombre intenta conocer el mundo y conocerse a si mismo.

Es probable que el interés por conocer el mundo haya aparecido en algún momento de la evolución de la especie, como respuesta necesaria a su fragilidad física frente a otras especies y de cara a una naturaleza hostil, cuando menos, indiferente. Esta voluntad de dominación mediante el conocimiento perseguía un fin eminentemente práctico: apoderarse del entorno físico para poder sobrevivir, cuestión de vida o muerte. El conocimiento, edificado sobre el elemental esquema de prueba y error, condujo al diseño y realización de las primeras armas, herramientas, utensilios y aparatos, a la invención de técnicas específicas de construcción y uso de aquellos primitivos artefactos, y como consecuencia inevitable, la creciente complejización del lenguaje y de la sociedad.

Durante la revolución neolítica, la domesticación de animales y de especies vegetales como fuente renovable de alimentos y como materia prima de las incipientes industrias, y de manera especial, la invención de los primeros sistemas de escritura convirtieron a la especie humana, en la especie dominante del planeta.

El proceso que de la revolución neolítica, llevó a la revolución industrial y a la devenida revolución digital, ha tenido efectos paradójales: procurando el dominio de la naturaleza, los hombres han terminado dominados por las relaciones de producción propias de los sistemas económicos que ellos mismos han creado y están poniendo en riesgo la existencia del planeta.

Si literalmente, saber es poder (económico, político, militar), se desprende que desde el principio, la búsqueda de conocimiento nunca se hizo en pos de fines altruistas o desinteresados, tales como el bienestar de la humanidad o el progreso de las sociedades, sino por el contrario esa búsqueda ha perseguido objetivos netamente utilitarios, pragmáticos, en última instancia económicos.

La lengua nos indica [...] que la memoria no es un instrumento para conocer el pasado, sino sólo su medio. La memoria es el medio de lo vivido, como la tierra viene a ser el medio de las viejas ciudades sepultadas, y quien quiera acercarse a lo que es su pasado tiene que comportarse como un hombre que excava.

Y, sobre todo, no ha de tener reparo en volver una y otra vez al mismo asunto, en irlo revolviendo y esparciendo como se revuelve y se esparce la tierra. Los ‘contenidos’ no son sino esas capas que tan sólo tras una investigación cuidadosa entregan todo aquello por lo que nos vale la pena excavar: imágenes que, separadas de su [...] contexto, son joyas en los sobrios aposentos del conocimiento posterior, como quebrados torsos en la galería del coleccionista” (Walter Benjamin).

Memoria y recuerdo expresan en la obra de Benjamin dos nociones a través de las cuales se dirimen dos modos de configuración del mundo. Por eso, la oposición entre memoria y recuerdo se puede traducir en una tensión entre, por un lado, una repetición conmemorativa cercana a cierta voluntad historicista, y por otro, la construcción de un pasado en el límite entre lo individual y lo colectivo.

Contraste entre la memoria y el recuerdo: la función de la memoria consiste en proteger las impresiones del pasado; el recuerdo apunta a su desmembración. La memoria es conservadora esencialmente, y el recuerdo en cambio es destructivo.”

... Fue Aureliano quien concibió la fórmula que había de defenderlos durante varios meses de las evasiones de la memoria. La descubrió por casualidad. Insomne experto, por haber sido uno de los primeros, había aprendido a la perfección el arte de la platería. Un día estaba buscando el pequeño yunque que utilizaba para laminar los metales, y no recordó su nombre. Su padre se lo dijo: “tas”. Aureliano escribió el nombre en un papel que pegó con goma en la base del yunquecito: tas. Así estuvo seguro de no olvidarlo en el futuro. No se le ocurrió que fuera aquella la primera manifestación del olvido, porque el objeto tenía un nombre difícil de recordar. Pero pocos días después descubrió que tenía dificultades para recordar casi todas las cosas del laboratorio. Entonces las marcó con el nombre respectivo, de modo que le bastaba leer la inscripción para identificarlas. Cuando su padre le comunicó su alarma por haber olvidado hasta los hechos más impresionantes de su niñez, Aureliano le explicó su método, y José Arcadio Buendía lo puso en práctica en toda la casa y más tarde lo impuso a todo el pueblo. Con un hisopo entintado marcó cada cosa con su nombre: mesa, silla, reloj, puerta, pared, cama, cacerola. Fue al corral y marcó los animales y las plantas: vaca, chivo, puerco, gallina, yuca, malanca, guineo. Poco a poco, estudiando las infinitas posibilidades del olvido, se dio cuenta de que podía llegar un día en que se reconocieran las cosas por sus inscripciones, pero no se recordara su utilidad. Entonces fue más explícito. El letrero que colgó de la cerviz de la vaca era una muestra ejemplar de la forma en que los habitantes de Macondo estaban dispuestos a luchar contra el olvido: Esta es la vaca, hay que ordeñarla todas las mañanas para que produzca leche y a la leche hay que hervirla para mezclarla con el café y hacer café con leche. Así continuaron viviendo en una realidad escurridiza, momentáneamente capturada por las palabras, pero que había de fugarse sin remedio cuando olvidaron los valores de la letra escrita... (La Peste del Olvido (Fragmento de Cien Años de Soledad – Gabriel García Márquez)

En cualquier época desde su invención, el lenguaje escrito ha servido para comunicar pensamientos y sentimientos de una persona y de su cultura, registra la historia colectiva de esa cultura, y sus experiencias con la condición humana, y preserva esas experiencias para las generaciones venideras.

La voz escrita hizo que la historia fuera posible porque ahora los acontecimientos podían almacenarse y cualquier individuo que supiera leer podía volver a leerlos, en vez de tener que fiarse de que el cuentacuentos de la comunidad recordara y recitara el pasado.

La historia comienza cuando aparece la escritura, en el año 3.500 a.C. en Mesopotamia. Todo lo ocurrido antes de que surgiera esta invención se considera prehistoria.

En realidad, el término Prehistoria es equívoco, si atendemos al objeto mencionado como estudio de la Historia. De ahí que Leroi-Gourhan hable a menudo de “la Historia antes de la escritura” para aludir a las etapas prehistóricas. Surge, así, el concepto clásico de Prehistoria que abarca, cronológicamente, el estudio del período de la vida humana anterior a la aparición de las fuentes escritas y en este sentido la Prehistoria supone el 99% del transcurso de la historia del Hombre sobre la Tierra.

Para G. Clark existe, sin embargo, un punto de partida muy claro, de carácter empírico que atestigua el comienzo de la historia humana, y por tanto, también, de la Prehistoria: la aparición en el registro arqueológico de utensilios o instrumentos hechos conforme a modelos normalizados. Es el comienzo de una evolución continua que no sólo lleva a la tecnología moderna, sino, lo que es más importante, simboliza el mundo del hombre en el cual lo cultural fue superando cada vez más a la herencia genética como factor de control. No hay nada comparable al proceso por el cual surgieron los primeros hombres, del mundo de los primates no humanos. Desde el punto de vista biológico, esta etapa debería llenar un programa de Prehistoria y el resto de las épocas ser sólo un apéndice. El límite superior de la Prehistoria se ha prestado también a múltiples teorías. La más admitida, es la que sitúa el final de la época prehistórica en la aparición del testimonio escrito y el comienzo, por tanto, de la Historia Antigua. Defensores de este criterio como el gran avance de la Humanidad se encuentran en la palabras de I. Gelb: “La escritura, entendida como sistema de intercomunicación humana por medio de signos convencionales visibles, supuso una auténtica revolución en la comunicación entre los hombres, al superarse las limitaciones que presentan otros tipos de comunicación (visual, auditiva, táctil) de claras limitaciones en el tiempo y el espacio”. Ahora bien, el criterio de la aparición de la escritura presenta un grave inconveniente: no existe un desarrollo histórico uniforme en la Antigüedad “prehistórica”; es decir, la escritura aparece con un desfase manifiesto en los diversos ámbitos geográficos, lo que proporciona un límite móvil. Es más, desde un punto de vista temporal, aunque no existencial, casi toda la historia humana es prehistórica en el sentido técnico de que ha de reconstruirse sin la ayuda de documentos escritos. Por escrito no hay documentados más de 5.000 años en total de seis millones. Hay, en cambio, vastos territorios que siguieron siendo prehistóricos hasta que los descubrió el hombre “occidental” en los últimos siglos. De hecho partes remotas de Australia, Nueva Guinea o Brasil, siguen fuera del ámbito de la historia escrita, hasta hoy mismo.

En nuestras sociedades occidentales, la lengua es considerada bajo dos formas, la oral y la escrita. La escritura, estaría por lo tanto subordinada a la palabra, teniendo por función

darle habla a la voz del ausente, prolongando su mensaje más allá del eco físico de los sonidos pronunciados. De esta idea se destacan otras cuestiones en relación a la escritura, por una parte, que la palabra habría tomado carta de naturaleza ante que la escritura (ya que ésta tiene por función establecerse como sustituta de la otra, compensando así su fugacidad), y por la otra, que la escritura debe poseer carácter fonético, ya que se configura como transcripción de la palabra, es decir de los sonidos. Para el sentido común, por lo tanto, la escritura se encuentra ligada a la lengua, descendiendo de ella, de esa falta constitutiva que la caracteriza (la fugacidad), y completándola, cosa que ofrece la posibilidad entonces, que una parte de la humanidad pueda convertirse en juez de la otra: si la escritura es el complemento de la lengua, existiría, por lo tanto una serie de lenguas incompletas, precisamente aquellas que no disponen de escritura.

En lo que se refiere a la extensa historia de la humanidad, raros son los cambios repentinos: los grandes descubrimientos son habitualmente producto de una lenta maduración, y la escritura supone quizás el mejor ejemplo de ello. Desde los primeros pictógrafos que en épocas diferentes dieron sus trazos iniciales a la escritura cuneiforme o a los caracteres chinos hasta los alfabetos elaborados en tiempos posteriores transcurren más de cinco mil años, testimonio de una creatividad humana, capaz de aportar distintas soluciones al mismo problema: el de como recordar, transcribir y transmitir esa palabra que es, por su misma esencia, fugaz. En esas soluciones, conocidas por los nombres de jeroglíficos egipcios, alfabetos, glifos mayas o caracteres chinos, no se perciben demasiados puntos en común, si bien todas juntas configuran cierta historia, la historia de la lenta elaboración de la memoria escrita de los hombres.

Aquella primera forma de escritura se creó en Mesopotamia, hacia 3200 A.C. con los llamados caracteres cuneiformes, un relativamente sofisticado código de símbolos logrado probablemente tras un largo proceso que comenzó en la Edad de Piedra. Al mismo tiempo que surgía la escritura cuneiforme, los egipcios y los mayas desarrollaron la escritura jeroglífica a base de ideogramas. El lenguaje escrito hizo posible que aquellos primitivos asentamientos llegaran a convertirse en auténticas civilizaciones.

En 1452 se inicia la obra más importante en el mundo de la impresión, la «Biblia de 42 líneas» o «Biblia de Gutenberg», marcando el inicio de la Edad de la Imprenta.

Johann Gutenberg (1399-1468), nació en Maguncia, Alemania. El padre de Johann Gutenberg era comerciante y su madre la hija de un tendero. Su apellido real es Genfleisch, cuya traducción del dialecto alemán de Renania se relacionaría con “carne de ganso”, por lo que el inventor de la imprenta moderna decidió usar el apellido Gutenberg. El avance tuvo lugar en el siglo XV, mejorando así la impresión de libros a gran escala. Anteriormente al invento de la imprenta, los libros y documentos se producían realizando copias manuscritas, en la mayor parte de las ocasiones por monjes, resultando ser un trabajo lento y arduo. En la Baja Edad Media europea, se utilizaba la xilografía, una técnica mediante la cual un artesano grababa las palabras o dibujos que tenían que reproducirse sobre una tabla de madera. El trabajo era muy laborioso y si se desgastaba algún trozo o cambiaba parte del contenido, había que volver a repetir el molde completo.

El mérito de Gutenberg fue perfeccionar las técnicas de impresión existentes fundiendo en metal cada una de las letras del alfabeto por separado, e ideando un sistema para ponerlas

una a continuación de otra y sujetarlas. De esta forma se podían componer más rápido las páginas y reutilizar los moldes para componer otras páginas. Para reproducir los dibujos se seguía utilizando la xilografía y posteriormente se pintaban a mano.

Para hablar de la historia de la imprenta y de cómo surge, se hace necesaria, también, un poco sobre la historia de cómo apareció el papel, el elemento fundamental para que una imprenta funcione. Brevemente, el papel, fue creado por Cai Lun en China en el siglo II a.C., a partir de fibras de bambú, cuerdas y trapos y se dice que era utilizado desde el año 153. El siguiente paso fue en Japón y Asia Central. A España llegó gracias a los árabes en el siglo X y se extendió a Italia y Francia. En latín se denominaba papyrus, los valencianos (ya en 1056 en Xàtiva había un molino papeler) y catalanes lo denominaban “paper” y posteriormente el castellano “papel”.

Jorge Luis Borges, elogia la invención del libro, por ser el más asombroso de los inventos humanos, por sobre las otras invenciones de la humanidad, que no son otra cosa que extensiones del hombre “el microscopio y el telescopio son extensiones de la vista, el teléfono es la extensión de la voz, el arado y la espada son extensiones del brazo, pero el libro, el libro es otra cosa, es una extensión de la memoria”.

El libro da volumen a la memoria humana. Para los griegos, la memoria era la madre de las nueve musas y se llamaba Mnemósine. La idea era que la memoria era la madre de las artes. Del término griego al latino el matiz se conserva, porque memoria proviene de “memor-oris”, el que recuerda. Ese vínculo poderoso entre el libro y la memoria, hace que un texto deba ser visto, como pieza clave del patrimonio cultural de una sociedad, y por ende, de la humanidad entera. El patrimonio cultural existe en la medida que lo cultural constituye el patrimonio más representativo de cada pueblo. El patrimonio tiene capacidad para impulsar un sentimiento de afirmación y pertenencia, puede afianzar o estimular la conciencia de identidad de los pueblos en su territorio, es como un documento de identidad que permite resguardar acciones culturales propicias para la integración.

La parte material solo puede ser asociada al libro en una medida circunstancial: al principio fue una tablilla entre los sumerios, un hueso entre los chinos, una piedra, un pedazo de cuero, una plancha de bronce o de hierro, un papiro, un códice, un papel, un disco compacto o un dispositivo electrónico.

El acto caligráfico de un hombre, al escribir un trazo sobre papel con tinta, es un acto irreversible, responsable. Es un acto único que contrasta con el procedimiento de diseñar en un programa de ordenador, el cual nos permite deshacer cada elemento, rehacerlo o hacerlo desaparecer cuantas veces queramos. Ésta es una diferencia gráfica fundamental del siglo XXI. También se han cortado otros vínculos: hasta la llegada de la informática de forma generalizada existía una muy estrecha relación entre leer y escribir, si ésta se corta, llegará un momento en que habrá quien sabrá leer y teclear, aunque nunca haya escrito.

Hay una tendencia a considerar a la letra escrita como una habilidad motriz no esencial, y esto es totalmente equivocado. Utilizamos las partes motrices de nuestro cerebro, la planeación motriz, el control motriz, pero lo que es muy crítico es una región de nuestro cerebro donde se une lo visual y el lenguaje, el giro fusiforme, donde los estímulos visuales se convierten en letras y palabras escritas. Se conocen estudios relacionados con la toma de apuntes, que sugieren que los estudiantes universitarios que escriben en un teclado

tienen menos probabilidades de recordar el contenido, que si lo hubieran escrito en letra manuscrita.

Aprender e interactuar con el mundo con nuestras manos, tiene un efecto realmente significativo en nuestra cognición y en cómo escribir con letra manuscrita cambia la función cerebral y puede cambiar el desarrollo cerebral.

La palabra escrita, impresa o digital, es un acto comunicativo social, expresivo o artístico. El conocimiento del repertorio tipográfico y sus funciones permite una utilización más amplia y precisa. Sobrepasa su función como auxiliar de la palabra, la completa, y se constituye en un modo de ver, de conocer, de aprender, de acercar, de evocar y de descubrir. Significado y forma, se constituyen en un sintagma visual, donde ambas conforman el núcleo que derivarán en nuevas unidades de significado, y que permitirán establecer nuevas asociaciones mentales.

La palabra, con la tipografía se erige en imagen, que remitirán a otras imágenes cargadas de significados y significantes. Es una herramienta poderosa, que se convierte en una parte de nuestra conciencia, de nuestro pensamiento, de nuestra memoria, siendo en definitiva, parte activa del razonamiento, tal como afirmó Sartre en “La imaginación” (1936).

Terremotos, incendios e inundaciones han provocado a lo largo de los siglos, el mismo sentimiento de miedo, impotencia y rabia. El inventario de desastres que han afectado a bibliotecas, colecciones de libros y editoriales resulta imposible de censar, pero los datos más desoladores son los referidos a la destrucción por parte del hombre.

La destrucción voluntaria de los libros, ha causado la desaparición de un sesenta por ciento de los volúmenes, el otro cuarenta por ciento debe imputarse a factores heterogéneos, entre los que sobresalen los desastres naturales (incendios, huracanes, inundaciones, terremotos, maremotos, ciclones, monzones, etc.), accidentes (incendios, naufragios, etc.), animales (el gusano del libro o polilla, las ratas, los insectos), cambios culturales (extinción de una lengua, modificación de una moda literaria) y a causa de los mismos materiales con los cuales se ha fabricado el libro (la presencia de ácidos en el papel del siglo XIX está destruyendo millones de obras).

Resulta más fácil de entender, y atribuirle a la ignorancia semejante acto destructivo de la memoria, pero lo cierto es que el odio y la necesidad de imposición de ideas son las principales motivaciones de los hombres dispuestos a eliminar memorias, historias y palabras, que no están alineadas a sus propios pensamientos e intereses.

“Donde se queman los libros, al final también se quema a los hombres” Siguiendo la línea del Bibliocausto nazi, cuando en la noche del 10 de mayo de 1933, en la Plaza de la Ópera de Berlín, se quemaron 20 mil libros “antialemanes”, en los duros tiempos de la Dictadura Argentina, el gobierno de facto de turno se empeñó en la destrucción masiva de libros, (se estima una cifra cercana a los 50 mil volúmenes) ya que consideraban a alguno de ellos por su contenido, un peligroso instrumento ideológico subversivo.

A tal punto llegó la persecución y la estupidez que acabaron con los libros de Matemática Moderna (cuya enseñanza fue rápidamente prohibida en las escuelas) por considerar que la teoría de conjuntos era francamente “subversiva”.

“Muchos recuerdan todavía la incursión de los militares en la Feria del Libro de 1976, aquel primer año del gobierno de facto, irrumpiendo con procedimientos armados para

secuestrar, por ejemplo, libros como “La cuba electrolítica” de la editorial Centro Editor de América, porque la palabra “cuba” les resultaba sospechosa.

Por cierto, una “cuba”: es un recipiente rectangular para operaciones químicas.

El libro no se destruye porque se lo odie como objeto.

El libro no es destruido como objeto físico, sino como vínculo de memoria. John Milton, en *Aeropagítica* (1644), sostenía que lo destruido en un libro era la racionalidad representada: “...quien destruye un buen libro mata a la razón misma...”.

Un libro se destruye con ánimo de aniquilar la memoria que encierra, es decir el patrimonio de ideas de una cultura entera. La destrucción se cumple contra todo lo que se considere una amenaza directa o indirecta a un valor considerado superior.

Finalmente, si planteamos una lucha entre el olvido y la memoria, poco cuesta imaginar cuál será el final. De nada servirá la pasión por la memoria, pues toda memoria es perecedera, en definitiva el tiempo es el mejor aliado del olvido. Pero es nuestra obligación hacer un poco de fuerza, para que la derrota sea más honrosa.

Funes el memorioso es un cuento del escritor Jorge Luis Borges. El relato apareció por primera vez publicado en el diario argentino La Nación, en la página 3 de la sección Artes y Letras, con ilustración de Alejandro Sirio, en la edición del 7 de junio de 1942.

Posteriormente se publicó en el libro “Ficciones” de 1944.

El protagonista sufre de hipermnnesia, un síntoma del síndrome del sabio y, si consideramos el sueño (en su primera fase) como un depurador de recuerdos (sólo quedan en nuestra mente lo importante o lo más impresionante que nos haya sucedido), al no dormir no eliminamos recuerdos; es decir, no tenemos la capacidad de olvidar muchas cosas con las que no podríamos vivir si las recordamos a diario.

“...Ireneo empezó por enumerar, en latín y español, los casos de memoria prodigiosa registrados por la Naturalis historia: Ciro, rey de los persas, que sabía llamar por su nombre a todos los soldados de sus ejércitos; Mitrídates Eupator, que administraba la justicia en los veintidós idiomas de su imperio; Simónides, inventor de la mnemotecnia; Metrodoro, que profesaba el arte de repetir con fidelidad lo escuchado una sola vez. Con evidente buena fe se maravilló de que tales casos maravillaran. Me dijo que antes de esa tarde lluviosa en que lo volteó el azulejo, él había sido lo que son todos los cristianos: un ciego, un sordo, un abombado, un desmemoriado. (Traté de recordarle su percepción exacta del tiempo, su memoria de nombres propios; no me hizo caso.) Diecinueve años había vivido como quien sueña: miraba sin ver, oía sin oír, se olvidaba de todo, de casi todo. Al caer, perdió el conocimiento; cuando lo recobró, el presente era casi intolerable de tan rico y tan nítido, y también las memorias más antiguas y más triviales. Poco después averiguó que estaba tullido.

El hecho apenas le interesó. Razonó (sintió) que la inmovilidad era un precio mínimo. Ahora su percepción y su memoria eran infalibles. Nosotros, de un vistazo, percibimos tres copas en una mesa; Funes, todos los vástagos y racimos y frutos que comprende una parra. Sabía las formas de las nubes australes del amanecer del 30 de abril de 1882 y podía compararlas en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que sólo había mirado una vez y con las líneas de la espuma que un remo levantó en el Río Negro la víspera de la acción del Quebracho. Esos recuerdos no eran simples; cada imagen visual estaba

ligada a sensaciones musculares, térmicas, etcétera. Podía reconstruir todos los sueños, todos los entre sueños. Dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero...”

Recordemos, recordemos todo el tiempo, no olvidemos nada, ni el color de nuestras corbatas perdidas, ni el olor a tiza y sudor del colegio, ni el calor del asfalto sobre los pies descalzos, ni el gusto a jazmín de los besos en la noche.

Si lo que nos espera es el olvido, tratemos de no merecerlo.

Pensemos que después de todo, aunque la victoria final sea del olvido, será un triunfo sin festejos.

Nadie lo recordará jamás.

## Bibliografía

Báez, Fernando, *Historia universal de la destrucción de los libros*. 2005, Buenos Aires. Sudamericana.

Benjamin, Walter, *Cuadros de un pensamiento*. 1992, Buenos Aires, Imago Mundi.

Borges, Jorge Luis, Funes el Memorioso. En Ficciones (volumen 3) *Obras Completas*. 1998, Madrid, Alianza

Calvet, Louis-Jean, *Historia de la Escritura*. 2001, Barcelona. Paidós

Dolina, Alejandro, *Crónicas del Angel Gris*. 1995, Buenos Aires. La Urraca.

García Marquez, Gabriel, Cien años de soledad. Edición 2003, Buenos Aires, Contemporánea.

Mediavilla, Claude, *Caligrafía*. 2005, Valencia. Campgràfic.

Sarlo, Beatriz. *Siete Ensayos sobre Walter Benjamin*. 2011, Buenos Aires, Siglo XXI.

Valdés de León, Gustavo Adolfo. *Una molesta introducción al estudio del Diseño*. 2011, Buenos Aires, Nobuko

---

**Abstract:** From the birth of writing, the testimony of human culture had a precise, infinitely flexible and revolutionary tool that allowed it nothing less than to project itself. Record the present connoted the forecast of a future. Since then we have history. Manual writing (calligraphy) led to the rationalization of the letters, which were later fixed by the printing press. Typography was born. Typography opened the path of knowledge as a social phenomenon. From then on its been acquiring an important role in community behavior, which not only followed the beauty of forms, it was a plan which faced the imperative human need to know and teach. History is written, memory is preserved.

**Keywords:** History - memory - writing - typography - social development.

**Resumo:** Desde o nascimento da escrita, o testemunho da cultura humana teve uma ferramenta precisa, infinitamente flexível e revolucionária que lhe permitia nada menos que projetar-se. Querer registrar o presente conotava a previsão de um futuro. Desde então temos história. A escrita manual (caligrafia) levou à racionalização das letras, que depois foram fixadas pela imprensa, nascendo a tipografia. A tipografia abriu caminho para o conhecimento como fenômeno social nivelador. A partir daí foi adquirindo um papel preponderante no comportamento comunitário, que não só perseguia a beleza das formas, como era um desígnio com o qual enfrentar a imperiosa necessidade humana de saber e ensinar. A história é escrita, a memória é preservada.

**Palavras chave:** História - memória - escrita - tipografia - desenvolvimento social.

[Las traducciones de los abstracts fueron supervisadas por su autor]

---